

DE GAULLE EN JAÉN

Hace tiempo que yo no sacrifico un minuto de mi comodidad ni doy un paso por contemplar en persona a ningún famoso, donde no ha de verse pasión iconoclasta ni mucho menos soberbia: sólo pereza y, si acaso, prudencia de no enfrentar la realidad con el mito. Pero sí me gusta seguir por las crónicas algunas caminatas ilustres; por ejemplo, esta última del ex presidente de Francia. Son de admirar los ases de la noticia, agotados por la tarea de rastrear las zancadas de ese mozo septuagenario que en España deberíamos llamar, por acogedores, don Carlos de Gaulle. Ellos no pueden acercarse demasiado, pero suministran datos suficientes para que un lector activo se complete a sí mismo la fisonomía viajera del francés insigne, que en bastantes cosas se comporta, lo estamos viendo, como un francés medio. Aunque no en todas las cosas.

Ya los periodistas galos nos dijeron que el señor y la señora de Gaulle habían salido con el alba. Naturalmente. En Francia, como en España, al que madruga Dios le ayuda. ¿Se habrá ocupado doña Ivonne, como cualquier ama de casa francesa, de asegurarse en Colombey de los grifos del agua, del interruptor del gas y la electricidad? Nos consta, en cambio, sin lugar para los signos de interrogación, que luego se detuvieron a lo del bocadillo, respetuosamente apartados del tráfico de la carretera. Con igual respeto me atrevo a imaginar allí una excelente «andouille», uno de esos embutidos que alcanzan el ápice de su gloria a media mañana, en el rito que los vecinos llaman «casser» la croûte» -romper la certeza-, y nosotros, españoles, «tomar las once», expresión más bien campestre que suena como referida a un reloj de sol. Después habría de repetirse la parada en recodos de la cornisa cantábrica, en la fachada atlántica de Galicia y en tierras castellanas y manchegas. Ancha es España.

Ancha es España para unas vacaciones. Entonces, ¿qué preferirá este turista individual como pocos? Porque no se lo imaginarán ustedes alistándose a ningún circuito por aristocrático y restringido que fuese. Ni dejándose aconsejar o conducir demasiado...

De Gaulle, con otros pocos lugares ha escogido, y muy señaladamente, a Jaén. Yo no quisiera hacer agravio a la capital del Santo Reino -muy al contrario- cuando anoto que Jaén no es atracción turística de primer orden para las masas. En cambio le reconozco la cualidad, ahora confirmada, de interesar profundamente a un visitante señero. Señero, en su sentido principal de aislado, solitario; pero también en el casi

impacto de diferente y mejor que la generalidad. Yo conozco viajeros de la misma estirpe. Son los que no echan a la cuenta del tiempo perdido su tránsito por los sequeales castellanos y aragoneses, que gustan de hacer parada y fonda en ciudades que pueden llamarse Lérida o Palencia. Por esto no me sorprendió esta detención, conociendo a de Gaulle -por su imagen pública, se entiende-, conociendo a Jaén. Algo influirá el hecho de mis preferencias personales. Yo no presumiría jamás de conocer un país si desconociera el aire de sus pequeñas ciudades, tan buenas además para el encuentro con uno mismo. De tener vocación de moralista -y, por supuesto, algo memorable que contar-, me recogería para mis memorias en Cahors. Por ejemplo.

Dentro de este tema di en pensar en la pena que inevitablemente acompaña a la gloria de ser famoso. Es triste que el peso de la púrpura, gravitando sobre de Gaulle por mientras viva, lo aleje de una participación verdadera en la vida del pueblo. Uno comprende, aunque no apruebe, la tendencia de la gente -en España y en cualquier parte- a demostrar su devoción a los personajes, o simplemente su curiosidad. Habría que arreglar esto. El general podría cruzar nuestra frontera y conceder una amplia y generosa oportunidad de ser preguntado, fotografiado y filmado, mediante un pacto entre caballeros que luego asegurase su total independencia de «Monsieur Dupont». Y a los ciudadanos, con lo fácil que es hoy repartir consignas consumistas y de las otras, se nos enseñaría a disimular, igual que a los niños les enseñan sus madres a no encararse fijamente con cualquier señor que destaca por gordo o por flaco, por enano o por gigante.

Entonces de Gaulle -es fácil de imaginar- madrugaría para sentir el despertar de la ciudad en el parque. Se desayunaría en un puesto de churros, que también pueden ser tallos y tejerings. Se dejaría ilustrar los zapatos del cuarenta y muchos. Podría el general pasear la plaza de don Bernabé Soriano, también llamada de las Palmeras, donde quitaron a don Bernabé y las palmeras por lo provinciano que hacían, a fin de poner -cómo no- esa fuente luminosa que no falta en ninguna capital de provincia. Se informaría de Pepe el Largo sobre la vida y sus consecuencias. Y finalmente, discretamente, iría invitado a la más envidiable tertulia de la ciudad: ese cafetillo que los farmacéuticos se toman a media mañana en la rebotica de turno, especie de privilegio circulante como pasa en las iglesias con las Cuarenta Horas y otras devociones. Y así hasta la noche, dejándose fluir en la corriente de la ciudad: la vida misma.

La realidad es de otro modo y el general tiene que vivir arriba, en el castillo. Menos mal que los hombres como de Gaulle poseen una sensibilidad excepcional. Es probable que en alguna manera él comunique con la palpitación de la ciudad. Es probable que ya le haya chocado el barrio «de la guita» y alguien le explicara que lo bautizaron así cuando la gente iba con su cordel a medir si cabrían las camas, de

pequeñas que eran las viviendas -y ahora resulta que son más pequeñas en París-. Puede ser, incluso, que ya sepa don Carlos de Gaulle, al asomarse a su atalaya, ese refranillo entre la irreverencia y la fe, como que es jaenero, o sea español: «Jabalruz con motera, llueve quiera Dios o no quiera».

Ahora iba a empezar otro párrafo. Ahora me pilla la noticia de que el gran visitante ha dejado a Jaén. A paso de ataque. Algunos se quejan de que no quisiera ver la catedral ni nada «de abajo». Lástima. Pero creo que los gustos de un huésped son sagrados. Lo que no sé es si sólo con aquellas visiones podrá escribir el libro sobre nuestro país que prometen las crónicas, una tierra atisbada por los cristales de su coche de morro avieso y desde las terrazas de los paradores de turismo. «España a vista de tiburón», como título no estaría mal.

Y ahora, en fin, caigo en que tampoco sé con certeza -¡la de cosas que no sabe uno!- si al general de Gaulle le habría interesado verdaderamente sentir el despertar de la ciudad en el parque, desayunarse con churros, que le limpiaran los zapatos, las cosas de un andaluz pintoresco, la conversación de los boticarios... Hay quien dice que los poetas provincianos somos ingenuos, que tenemos demasiada imaginación.

Antonio PEREIRA